

PRÓXIMO NÚMERO:

LA SENTIMENTAL PRODUCCIÓN

¡PASO AL AMOR!

CREACIÓN DE LA CÉLEBRE Y BELLA
ARTISTA FRANCESA

DOLLY DAVIS,

LA FAMOSA PROTAGONISTA DE LA
GRANDIOSA PRODUCCIÓN

PARIS.....!!

TRIUNFO DEL AMOR
LIBRE DE IMPUREZAS

GRAN ÉXITO

NUMEROSAS ILUSTRACIONES
FOTOGRAFICAS

POSTAL - FOTOGRAFÍA - REGALO
CONRAD NÄGEL

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES
PRECIO: 25 CÉNTIMOS

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE. 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 153

25 cts.



A TRAVÉS
DEL BÓSFORO

por

Mae Murray
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 153

A TRAVÉS DEL BÓSFORO

Comedia dramática, interpretada por la genial artista

MAE MURRAY

y el gran actor

DAVID POWELL

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DORYS MAY

A través del Bósforo

Argumento de la película de dicho título

Constantinopla: la espléndida Sultana del Bósforo, la ciudad incomparable de los atardeceres mágicos, el archivo milenario de misteriosas leyendas. Sobre los innúmeros minarettes de sus mezquitas, flota el espíritu de los siglos.

Es quizá Constantinopla la ciudad del mundo en la que resulta más fuerte el contraste entre sus palacios de maravilla y las callejuelas tortuosas y sombrías de sus miserables barrios, en los que impera la pobreza.

Pero la desgracia y el dolor no son patrimonio exclusivo de los desheredados de la fortuna; existen también, y a veces muy amargos, tras las puertas de los ricos y poderosos... Y así, dentro del palacio en que residía Sir Archibaldo Falkland, el opulento caballero inglés... Y es indudable que las desgracias espirituales son, con frecuencia, harto más amargas y duras que la falta de recursos.

Lady Alicia Falkland, como un lirio arrojado a un estanque helado, era una extraña en su propia casa.

Su hijito, el pequeño Archibaldo, que llevaba en su sangre el fuego americano y la



Lady Alicia Falkland... MÄE MURRAY.

testarudez británica, declaraba la guerra a todo lo que pusiera trabas a su voluntad.

—¡Quiero que me acueste mamá!—dijo el niño, protestando de que lo hiciera el ama de

llaves, la noche en que comienza nuestro relato.

Y, para que la severa ama no le pillara, Archibaldo corrió a refugiarse en los amantes brazos de la que le diera el ser.

—¿Por qué me separan siempre de ti, mamá?—preguntó la inocente criatura.

Alicia estrechó contra sí a su hijo y, al presentarse el ama para separarla de él, obedeciendo órdenes "superiores", la hizo mantenerse a distancia de ella, imponiendo su derecho a tener autoridad en aquella casa.

El ama no se atrevió a llevarse el niño, mas sí dijo a Alicia:

—No puedo responder de la opinión de Sir Archibaldo sobre este caso, cuando vuelva esta noche a casa.

Alicia guardó consigo al niño, que miraba con antipatía al ama, y le acompañó luego a su cuarto, donde él, advirtiendo su tristeza, la consoló tiernamente.

—No estés triste, mamá... Voy a hacer un barco muy grande, y nos iremos en él a América, y allí viviremos los dos juntos.

Por toda respuesta, Alicia lloró en silencio besando el rizado pelo del niño, y éste acurrucándose en el cálido regazo materno, murmuró:

—Mamá, cuéntame un cuento de hadas... Cuéntame el cuento de la pobre princesita americana... aquella princesita tan triste y desdichada...

—Sí, hijo mío... Y, luego, mamá te acostará, ¿eh?... Bueno, pues:

"Erase una vez, en las lejanas costas americanas, un poderosísimo rey que gobernaba un reino que muchos tienen por el más feliz que existe en la tierra: el reino del dinero."

"La princesita, que era bella y dulce, tenía



—Sí, hijo mío... Y, luego, mamá te acostará, ¿eh?

siempre en torno suyo a una legión de adoradores...

"Pero la princesita amaba en secreto a un joven y hermoso caballero, venido de la tierra de los sueños y de los castillos en el aire..."

"El quería llevársela al país encantado de los sueños...

"Pero el rey del dinero determinó conceder la mano de la princesita a un altivo caballero de Britania, para reunir de este modo la riqueza y el poder.

"Fabulosas ventas de máquinas y navíos para Britania fueron concertadas a cambio de la mano pálida de la hermosa princesita.

"Como el amor había echado hondas raíces entre la gentil princesa y el joven y hermoso caballero que ganara su corazón, trataron, antes que sucumbir a los designios del rey del dinero, fugarse en pos de la dicha.

"Mas fueron descubiertos, y el galán hubo de quedar sin la dama de su ilusión.

"De manera que el poderoso caballero de Britania se llevó a la princesita a su reino del poder. Pero ella encontró allí que la verdadera princesa era la Dama de Hielo: una dama rigurosa y cruel con la pobre princesita.

"...Y el pobre corazón de la princesita fué encerrado en una obscura prisión de espesos muros de hierro...; muros de hierro que el poderoso caballero de Britania hacía cada día más espesos".

Alicia ya no siguió contando a su hijo su propia historia, pues el resto, desconocido fijamente, pertenecía al Destino, además de que el niño, con singular espanto, anunciaba el regreso de Sir Archibaldo, su padre.

Sir Archibaldo había sido designado por su

Gobierno para llevar a cabo una lenta e importantísima gestión extraoficial cerca del Gobierno turco.

Le acompañaba, aquella noche, a su casa, el príncipe Estanislao Cernowicz, de la embajada rusa.

—El príncipe va a pasar en esta casa una larga temporada. Cuide de que no le falte nada y de que se le atienda como si fuera yo mismo —dijo Sir Archibaldo al mayordomo de su palacio bañado por las aguas del Bósforo.

Y, a poco, a solas con el príncipe, Sir Archibaldo le habló así:

—Es natural que un hombre como usted, de sus nobles sentimientos quiero decir, ayude a un amigo a salir de sus apuros matrimoniales. Es para mí un honor tenerle como huésped, príncipe. Y si puedo hacer algo por usted... financieramente o como sea...

—Ya sabe usted que estoy dispuesto a complacerle... desinteresadamente, Sir Archibaldo —respondió el príncipe.

Y prosiguieron el diálogo...

Es muy difícil apreciar cuál de los dos fué más canalla al ultimar aquel pacto infame. ¡Pobre Alicia! Tratábase, por quien más obligado estaba a hacer que se respetase, de destruir su reputación ante los ojos de las gentes, con el fin de tener un pretexto, aunque fuera infundado, para echarla de su casa y separarla definitivamente de su hijo.

La responsable del criminal intento de Sir

Archibaldo era Lady Edith, la Dama de Hielo del cuento de la pobre princesita americana, que con sus lagoterías había derrocado a Alicia del corazón del diplomático para ocupar ella su sitio.

Sin comedimiento alguno, Lady Edith se ocupaba de los asuntos generales del hogar, prescindiendo en absoluto de consultar a Lady Alicia.

Por esa razón, aquella noche, viendo a su pobre rival con su hijito, le objetó:

—Tengo entendido que Sir Archibaldo ha dado orden de que acostaran al niño a las seis en punto de la tarde...

—Diga usted mejor, que ha sido usted misma quien ha dado esa orden. Comprendo que he dejado de ser la señora de mi propia casa... ¡pero sigo siendo la madre de mi hijo!

Lady Edith refirió a Sir Archibaldo el chasco que acababa de darle Lady Alicia, y aquél, después de hacer cumplir sus deseos respecto al niño, por el ama, censuró a la madre su conducta:

—Cuando mostraste tu incapacidad para gobernar mi casa, di a Lady Edith las riendas de la misma. Es mujer de altas prendas y condiciones, que debería ser un constante ejemplo para ti, Alicia.

Y, tras eso:

—Ve a tus habitaciones inmediatamente, y vístete para el baile de la embajada.

—¡Si esa mujer va, irá sola contigo! ¡Yo me quedo en casa!

—Eso es... Quédate en casa, a presumir de mártir que espera la compasión del mundo.

Celebrando íntimamente que su esposa no quisiera asistir a la fiesta, Sir Archibaldo reunióse con Lady Edith, su único amor, amor de pecado.

—Creo, Edith, haber encontrado ya el medio de suprimir el obstáculo que nos impide amarnos delante de la sociedad. El príncipe se encargará de todo...

—No, Archibaldo, no hay que hacerse ilusiones vanas... Alicia tiene en el fondo mucha picardía para tragarse ese anzuelo. Ella se debe maliciar que tú quisieras casarte conmigo...

—Nada temas... El príncipe es hombre que sabe hacer bien las cosas... por lo menos así lo dice él.

En tanto, el ruso—ciertamente “de abrigo”—tras un corto cambio de palabras con Alicia, a quien ya había saludado alguna vez, cogióle las manos entre las suyas, e interpretó el papel de hombre compasivo y enamorado.

—¡Pobre Lady Alicia!... Usted no es feliz... Se ve que sufre usted mucho... Usted necesita desahogar su corazón, confiar a alguien sus dolores. Yo me ofrezco a escucharla, y a influir con quien sea el causante de su desgracia...

—Se equivoca usted, príncipe... No puedo ser más feliz...

—Es inútil que su bondad ponga un velo a la realidad... pues yo sé que no es usted amada, a pesar de merecerlo usted tanto... Me



—Se equivoca usted, príncipe... No puedo ser más feliz...

escaparé esta noche del baile de la embajada, si usted me permite que venga a conversar un rato con usted.

—¡No, no! No haga usted eso... Le agradezco su buena intención.

—Vendré, Lady Alicia, vendré... Usted necesita de mí.



En el baile dado por la embajada inglesa, todas las naciones estaban representadas.

Presentemos a algunos preeminentes personajes:

Este joven que sonríe, es el coronel Ricardo Loring, el nuevo agregado militar de la embajada americana. ¡Qué hombre más simpático!

Este otro, es Juan Fullerton, el embajador americano en Turquía, muy distinguido y amable.

Y este tercero, Su Excelencia, Jaledín Pasha, jefe de la policía turca; funcionario recto y de conciencia.

Al serle presentado por el embajador, Jaledín Pasha dijo a Ricardo:

—El coronel es demasiado modesto para recordar el inmenso servicio que me prestó en cierta ocasión, durante un naufragio. A aquel acto suyo le debo la vida.

—En efecto, no me acordaba de ese insignificante detalle...

—No es insignificante para mí, querido coronel. Jamás olvidaré su preciosa ayuda. Y

como en Constantinopla es usted mi huésped, será para mí un gran honor que acepte usted la hospitalidad que le ofrezco en mi casa: un palacete musulmán que baña sus pies en las aguas del Bósforo...

—Muchas gracias, Excelencia, pero...

—Me sentiré ofendido si no acepta usted mi ofrecimiento, coronel. Usted salvó mi vida, y aunque nunca podré pagarle mi deuda, quiero mostrarle a usted de alguna manera mi gratitud y admiración.

Y Ricardo no pudo por menos de aceptar la hospitalidad que tan generosamente le ofrecía Su Excelencia.

Durante la velada, Ricardo enteróse de la influencia de Falkland, a quien sólo conocía como esposo de Alicia, su único amor de toda la vida, y también tuvo conocimiento de la conducta que observaba con su mujer, pues los ilícitos amores del inglés con Lady Edith habían trascendido a la murmuración pública.

Ricardo, con el propósito de ver a su Alicia de antaño, a quien nunca logró olvidar, acercóse a Falkland y, presentándose, le anunció:

—Cualquiera de estos días pasaré a visitarle y a ofrecerle mis respetos.

Lady Edith, interviniendo, disculpó la ausencia de Alicia a la fiesta, diciéndole al coronel:

—Sería mejor que esperara usted a que Lady Alicia se reponga un poco... La pobrecilla está tan delicada y hace un vida tan retirada, que

no podría hacerle a usted los honores de la casa.

Después de la fiesta, y mientras Alicia luchaba con el insomnio que el recuerdo de su desgracia le producía, Su Excelencia, de regreso en su palacete acompañado de Ricardo, decía a éste, haciéndole tomar posesión de su domicilio:

—Tendrá usted un caíque a su servicio día y noche, para sus entradas y salidas y sus paseos por el mar; y le advierto que los hombres se dejarían cortar el pescuezo antes de revelar cualquiera de sus secretos.

—Muchas gracias, Excelencia.

—Mi casa vale bien poco, como usted ve, pero su situación es magnífica. La vista de las espléndidas mansiones de la otra orilla del Bósforo es deliciosa... Entre ellas está la de Sir Falkland.

—¡Ah! ¿sí? ¿Cuál es?

—Esa de allí.

—¡Señorial morada! ¿Quién me hubiera dicho que en estas lejanas riberas llegaría a ser el vecino de Sir Archibaldo Falkland!...

—Sir Archibaldo es un detestable marido. Son muy contadas las mujeres que llevan el rostro descubierto, a las que yo saludo; casi ninguna. ¡Pero ante Lady Alicia me inclino con todo respeto!

Ricardo, cuando quedó a solas, repitió las últimas palabras de Su Excelencia: “¡Pero

ante Lady Alicia me inclino con todo respeto!"

Y musitó:

—Alicia, mi buena Alicia...

El ayuda de cámara de Ricardo refunfuñaba contra los musulmanes en general, echando muy de menos su lejana patria.

Y Ricardo, que, ardiendo en el deseo de ver a Alicia, todo lo encontraba bello, le regañó de manera asombrosa:

—¿Qué dices, viejo pesimista? ¿No nos sonríe la buena estrella? ¿No tenemos en este rincón del mundo cuanto podemos desear?... Un clima delicioso, un paisaje espléndido, raros objetos de arte recubierto por la dorada patina de los siglos...

El criado, mirando de soslayo a su "señorito", respondió:

—Acaso tenga razón el señor. Hasta las aguas del río parecen recubiertas por esa patina... que allá en mi país llaman suciedad.

Ricardo, ocupado en sacar de una caja recuerdos del pasado, hízose de un abanico y se acarició el rostro con la suave brisa que se produjo...

—¡Oh, señor! Si Turquía le produce a usted ese efecto, le aconsejo que por el primer vapor se vuelva a su tierra—comentó el ayuda de cámara.

—Este trozo de encaje y de marfil perteneció un día a la única mujer que he amado en mi vida.

—¡Ah! Ese ya es otro cantar...

—Y ahora, Parker, cuando pensaba que había desaparecido de mi vida para siempre, hago el repentino descubrimiento de que vive cerca de donde yo vivo... ¿Habrá algo de providencial en todo esto, Parker?

—¡Quién sabe, señor!...

Hacia aquella misma hora, en su casa, Alicia, sin haberlo buscado, veía confirmadas sus sospechas de la infidelidad de Sir Falkland en su propia casa, sin respeto ni a sí mismo, ni a ella... ni a su hijito. ¡La puerta de la habitación de Lady Edith cedía a la presión que hizo en ella el inglés, y cerróse tras él!

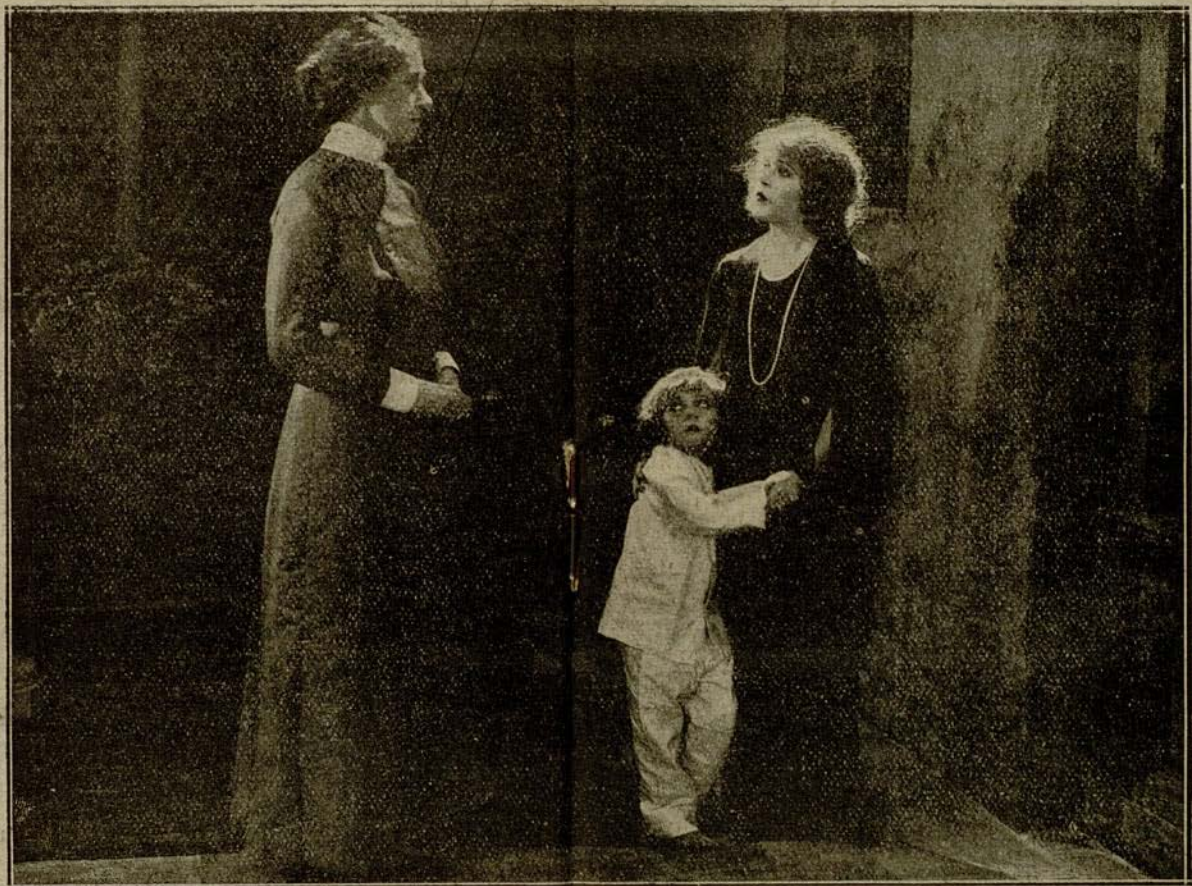
Y la infeliz Alicia sintió un irresistible deseo de huir de aquella casa, de alejarse de aquellos lugares de dolor y de afrenta.

Y al mismo tiempo que Alicia huía de su casa, arrastrada por el deseo de apartarse de aquellos lugares, y sin darse cuenta de lo que se proponía ni saber a dónde dirigirse, disponíase Ricardo a dar un paseo en su caique por las tranquilas aguas del Bósforo.

No sospechaba ninguno de los dos, y Alicia menos, puesto que ignoraba la presencia de Ricardo en Constantinopla, el encuentro que iban a tener.

—¡Alicia!... ¿Qué hace usted aquí sola? ¿Por qué está usted fuera de su casa a estas horas?

—¡Oh, Ricardo! ¡Usted aquí! Pero ¿es posible que sea usted?



Alicia guardó consigo al niño, que miraba con antipatía al ama...

—¡El Destino nos pone de nuevo frente a frente, Alicia!

—¡Qué cruel ha sido para mí el Destino, Ricardo!

—¡Ya comprendo!... Sufre usted mucho en su casa y trata de hacerse la ilusión de que se aleja de ella... ¿No es cierto, Alicia?

—Sí, es cierto... Pero debo volver a mi casa. Este encuentro inesperado me hace comprenderlo bien... ¡Condúzcame a ella, Ricardo; se tarlo...

lo suplica! Yo no tengo fuerzas para inten-

Y Alicia, queriendo compaginar el cumplimiento de su deber con su instintiva repugnancia a volver a la casa de su humillación, eligió como morada el pabellón del embarcadero.

—Lléveme allí, Ricardo...

—¡Y yo que deseaba hacerla tan dichosa, Alicia! ¿Recuerda usted?

—¡No es posible hacer retroceder al tiempo, Ricardo! ¡No es posible deshacer lo hecho!... ¡Quizá Dios misericordioso quiera dejarme descansar pronto!...

—Adiós, Alicia. Nos volveremos a ver... mañana mismo.

..

A la mañana siguiente, en casa de los Falkland, Archibaldo fué sorprendido por el ama de llaves cuando se disponía a llevarle unas flores a Alicia, y la "fría" mujer, pagada por Sir Archibaldo, impidió al niño llevar a efecto su tierno rasgo, arrojando sus flores al suelo.

Por su lado, el marido, enterado de que Alicia había pasado la noche en el pabellón del embarcadero, fué a buscarla allí.

Ella le recibió a la puerta, como un extraño, mas él, empujándola adentro, le recriminó su "extravagancia":

—¿Qué te has propuesto viniendo a dormir en este pabellón? ¿Quieres, acaso, un escándalo público?

—Lo único que quiero es paz, y ¡mi hijo!

—No se te ocurrirían estas locuras, si fueras una esposa como Dios manda.

—¡Una esposa como Dios manda!... ¡Dios no manda iniquidades e ignominias! ¿Qué idea tendrás tú de lo que debe ser una esposa?

—En resumen... ¿qué es lo que pretendes?

—Ya te lo he dicho: lo único que deseo es paz y mi hijo. Para todo lo demás tengo una mortal indiferencia.

—Está bien.

Aquella tarde, después de la siesta, el príncipe volvía a molestar con sus galanterías a Alicia.

—Le he traído a usted del bazar una curiosa chuchería... el collar de un Maharajá. Cada cuenta equivale a una lágrima de mujer, y cada una de esas lágrimas es un poema de amor. Créame, mi admirada amiga, el Maharajá que llevó este collar era un poeta indudablemente.

Alicia aceptó el obsequio, pero luego lo arro-



Ella le recibió a la puerta, como un extraño...

jó a un lado del pabellón, con desprecio.

Hallándose Archibaldo jugando en la terraza de la mansión de sus padres, apareciósele Ricardo.

—¿Quién es usted?—preguntóle el niño, a

quien el recién llegado se dirigió procedente del pabellón del embarcadero, donde, sin ser visto, y en un momento de ausencia de Alicia, le dejó el siguiente escrito:

Alicia,

Vengo de visita casi oficial. El embajador me ha ordenado que, como nuevo agregado militar de la legación americana, no deje pasar más días sin ofrecer mis respetos a Sir Falkland. El no me conoce, y creo prudente que usted y yo, si nos encontramos, no demos a entender que nos conocíamos

Ricardo Loring.

—Me llamo Ricardo Loring—contestó el coronel.—Soy un soldado... un soldadito humilde del ejército americano.

—¡Ah! ¿sí? Mi mamá es también americana, y cuando yo sea grande seré americano.

—Muy bien.

—Ahora estoy haciendo un barco para ir a América con mi mamá... Pero no se lo diga usted a nadie; es un secreto.

—Palabra que seré mudo. Yo también quiero volver a América. ¿No puedes reservarme un rinconcito en tu barco, para ir con vosotros?

—Sí! Mira, voy a hacerte el capitán de mi barco. ¿Qué te parece?

—¡Encantado, hijito!

La llegada de Ricardo fué presto conocida

por Sir Archibaldo, por mediación del príncipe encorsetado, que no inspiraba la más mínima confianza al primero, y se le introdujo al jardín, donde se hallaban reunidos el inglés y Lady Edith, tomando el te.

Sir Archibaldo dirigióse al pabellón del embarcadero en busca de Alicia, que ya había leído la nota manuscrita de Ricardo.

—Hay un señor de la embajada de tu país en el jardín, que viene a ofrecernos sus respetos sin duda. Hazme el favor de atenderle... Esa es tu obligación, puesto que eres mi esposa.

Alicia, desfallecida, rehusó complacer a su marido, para evitarse la emoción de volver a ver a Ricardo.

—Te ruego que le digas que tu esposa está indispuesta.

—Ven a recibirle... y basta. Supongo que no querrás ponerme en ridículo.

Y Alicia siguió a su marido.

Entretanto, Archibaldo, que le había tomado cariño a Ricardo, le tocaba con deseo de poseerla una insignia que llevaba en el ojal de la solapa, y, para contentar al pequeño, el coronel se la dió.

—Toma, si te gusta. Es un pequeño emblema que todos los soldados americanos llevamos.

Aquí, se presentaron en el jardín Sir Archibaldo y Lady Alicia.

Alicia, estrechando la mano de Ricardo, hizo

un sobrehumano esfuerzo para ocultar su desconcierto, y tomó parte, con forzada naturalidad, en la plática que siguió a la presentación.

Achibaldo, acercándose a su madre, cometió involuntariamente la descortesía de decirle en voz baja que el coronel le había regalado su insignia de soldado americano, y, más descor-



Alicia, estrechando la mano de Ricardo, hizo un sobrehumano esfuerzo para ocultar su desconcierto...

tés aun que el pequeño, Sir Archibaldo, separándole de Alicia, le riñó, delante de todos, en forma tan absurda como la siguiente:

—Ya sabes que es de muy mala educación

hablar en secreto delante de gente... Vete a tu cuarto, y espérame hasta que yo vaya.

El niño iba a obedecer, mas como su padre le arrebató la insignia que le diera el coronel, le suplicó:

—Papá, no me quites eso que me ha dado ese señor americano. Yo voy a ser americano, como él, cuando sea mayor.

—Eres hijo de un inglés, e inglés tú mismo. Y es desleal llevar los colores de otra nación.

Ante la grosería de Sir Archibaldo, Ricardo, muy discretamente, se despidió de sus visitados.

Al pie del embarcadero, el príncipe, atusándose sus ridículos bigotes, le advirtió, con retintín:

—Una palabra de aviso y de advertencia, coronel... Yo llegué aquí antes que usted.

Mientras que Sir Archibaldo, todo a su rencor, objetaba a Alicia:

—¿Has sido capaz de inculcar en el corazón de mi hijo el odio hacia su propia patria?

—¿No; tu propia crueldad es quien lo ha hecho! Su imaginación de niño le hace figurarse que todos los ingleses son como tú... Yo le he dado cariño, y por eso cree que todos los americanos son buenos.

Furioso como estaba, en alguien había de descargar Sir Archibaldo su cólera.

Y el niño conoció de nuevo la brutalidad de su padre.

—¿No le pegues, no le pegues! ¡Es mi hijo... es tu hijo!—gritaba Alicia a cada nuevo latigazo con que el inglés hería las tiernas carnes del niño.

—Yo te enseñaré a obedecerme sin replicar—decía el exacerbado padre.

Y Alicia se esforzó en vano de separar a su hijito del suplicio a que lo sometía su padre, quien, decidido a obrar de una vez para siempre, entregó el niño al ama de llaves, con esta orden:

—Encárguese usted de que mi hijo salga mañana mismo para Inglaterra.

—¿No, no! ¡Tú no harás eso, Archibaldo!—clamó Alicia.

Mas sus lamentaciones perdiéronse en la frialdad del esposo que ansiaba dejar de serlo.

Sonriente ante el despejado horizonte que se ofrecía a sus esperanzas, Lady Edith, llegada la noche, que se presentó con amenazas de tormenta, dijo a Sir Archibaldo:

—¿Qué contenta estoy! Por fin va a terminar esta ridícula situación. Con el niño en Inglaterra, Alicia se marchará para siempre a los Estados Unidos.

—¿No!... Ella podría entablar un pleito contra mí en su país, y recuperar al niño. ¡Yo sabré hacer las cosas de modo más práctico!

Con la muerte en el alma al pensar que al día siguiente su hijo partiría hacia Inglaterra para, tal vez, no verle jamás, Alicia, que sabía que Ricardo se hospedaba en el palacete

del jefe de policía, le mandó la siguiente carta, por un desconocido "caiquero", a cambio de buen precio, pues la tormenta arreciaba:

Ricardo: Estoy desesperada. Van a mandar a mi hijo a Inglaterra mañana mismo, y no volveré a verle más.



Mas sus lamentaciones perdiéronse en la frialdad del esposo...

Escribame unas líneas de aliento en estas horas angustiosas de desesperación. Deme algún consejo.

Diga a quien traiga su respuesta que me la entregue en el pabellón del embarcadero.

Alicia.

Rápidamente, Ricardo preparó la respuesta, mas como el portador del aviso de Alicia marchóse sin aceptar el nuevo encargo, pues estaba calado hasta los huesos, tuvo que decidirse a llevársela él mismo a la infeliz esposa.

En tanto, la traición acechaba a Alicia.

El príncipe se introducía en el pabellón ocupado por Alicia y, prescindiendo de las protestas de ella, le hizo nuevas protestas de su falso amor.

Avisado de la "hazaña" del ruso por la astuta Lady Edith, Sir Archibaldo se dispuso a tomar parte en la comedia, como marido airado, dando, la escena de la sorpresa de los "culpables", el resultado apetecido.

—Estoy a sus órdenes, Sir Falkland—dijo, en tono apropiado, el príncipe al "burlado" esposo.

Alicia, atontada, miraba a los dos hombres, sin comprender.

Muy frío, como de ordinario, Sir Archibaldo aconsejó a su esposa que fuera razonable, para arreglar aquel asunto satisfactoriamente, y añadió:

—He aquí un pequeño documento que hice extender por mi abogado, previendo un caso como este. Quizá no tengas inconveniente en firmarlo.

Alicia despertó entonces de su anonadamiento.

—¡Esto es un complot infame! ¡Eres un canalla! ¡Tú has mandado al príncipe aquí

para comprometerme! ¡No, no firmaré mi deshonra bajo la presión de esa mal forjada prueba!

—Me atrevo a creer que cambiarás muy pronto de opinión. Si firmas este documento te permitiré que veas a tu hijo dos veces al año.

—¿Y si no lo firmo?

—Apelaré a testigos, aunque la confesión del príncipe es suficiente. Y en ese caso, no volverás a ver ya a nuestro hijo.

Y Alicia comprendió que debía firmar, si quiera no más fuera que por ver a su hijo.

Proponiéndose celebrar su triunfo iba Sir Archibaldo a marcharse del pabellón para reunirse en la casa con el príncipe y Lady Edith, cuando Ricardo, que lo había presenciado todo, se presentó ante el inglés e intentó arrebatarle el papel comprometedor.

Una sola mirada provocó una lucha a muerte, y el villano Sir Falkland encontró en la pelea el merecido castigo de su maldad.

Y Alicia creyó volverse loca.

..

Al día siguiente, los periódicos publicaban la tragedia ocurrida durante la noche.

Asesinato de Sir Archibaldo Falkland

Sir Archibaldo Falkland fué hallado anoche por sus íntimos misteriosamente asesinado.

¡Lady Falkland acusada del asesinato!

La sensacional noticia del asesinato, en su

casa, de Sir Archibaldo Falkland, se divulgó a primera hora de esta mañana...

Ricardo, apenas leyó la nota de la Prensa referente al suceso en que tomó parte como protagonista, iba a alcanzar en un caique la mansión de los Falkland, cuando Su Excelencia le detuvo con su aparición en sus habitaciones:

—Supongo, coronel, que no le molestará mi presencia, aunque observo que se disponía usted a marcharse de aquí con mucha prisa...

—Al contrario, Excelencia... al contrario...

—¡Qué espléndido día después de la violenta tormenta de anoche!... No saldría usted anoche de casa, ¿verdad, coronel?

—No, no... Me acosté temprano... sí...

—Se habrá usted enterado ya, seguramente, de lo ocurrido anoche en casa de los Falkland... ¿Cree usted culpable a Lady Falkland?

—¡No, Excelencia! ¡Lady Alicia no hubiera hecho nunca el menor daño a su marido!

—¿Verdad que no? La muerte de Sir Falkland, después de todo, no es una pérdida sensible para el mundo... Creo, por el contrario, que el aire se ha hecho más puro desde que él cesó de respirar.

—¡Sí, Excelencia! ¡Ese hombre no merecía la vida, para atormentar la de los demás! ¿Cómo hubiera obrado usted si la providencia le hubiera hecho testigo involuntario de una cobarde y villana conspiración, tramada por un canalla para arrojar entre el cielo el ho-

nor de su propia esposa?... ¿Si hubiera usted visto una sola probabilidad de arrebatar al canalla el infame documento, no lo habría usted intentado sin vacilar, aun a riesgo de morir o matar en la lucha por conseguirlo?

Su Excelencia, pasmado, respondió:

—Una de dos: o tiene usted una imaginación muy viva, coronel o... si no entiendo mal... su daga de usted fué, dicho en términos simbólicos, la mano justiciera de Allah. ¿No es eso?

—Debía confesarlo, Excelencia. ¡Yo fuí quien le mató! Vi cómo Falkland obligó a su esposa a firmar el maldito papel; y cuando, triunfante ya, se disponía a guardárselo el infame, no pude contenerme... Luchamos; yo pude más que él... ¡Trató de matarme, y me defendí matando! ¡Eso es todo! Esta cartera y este papel son las pruebas de mi acto, y proclamarán la absoluta inocencia de Lady Falkland.

—Gracias, coronel, por haberse sincerado conmigo... pero como funcionario de la policía, me veo en el deber de detenerle y de conducirlo a casa de Falkland, en donde la embajada inglesa está practicando las primeras diligencias.

—Me someto a la justicia, Excelencia.

A poco, en casa de Alicia, que seguía desmayada desde la tragedia, el jefe de la policía de Constantinopla, presentándose a la embajada inglesa con Ricardo, hizo las si-

guientes declaraciones, a continuación de las de Lady Edith y del príncipe ruso, quienes no aludieron, por no haberle visto, al coronel americano:

—Esta cartera de Sir Archibaldo ha venido a mis manos directamente de las del asesino, que ha confesado ya su crimen.

Ricardo palideció, pero se aprestaba a defenderse.

Su Excelencia dió una orden y aparecieron unos policías conduciendo a un hombre esposado de aspecto muy repulsivo, y prosiguió sus declaraciones:

—Todos los muros de Constantinopla tienen ojos y oídos. Y anoche, mis hombres capturaron a un conocido criminal, que abandonaba el pabellón a la hora en que se cometía el crimen. Helo aquí. Este hombre ha cometido más crímenes que años tiene de vida. Hace una semana, se escapó de la cárcel, en la que estaba aguardando su ejecución.

Ricardo no volvía de su asombro.

Lady Edith fué mareada por existir algunas contradicciones en su declaración, deteniéndosela hasta aclararlas, y el príncipe, que no quedó en mal terreno como Lady Edith, sopló al oído del coronel:

—Acepte mis más sinceras excusas. Por un momento sospeché de usted.

Y los dos hombres se miraron a los ojos...

Después, a solas Su Excelencia y Ricardo, éste, no dispuesto a que otro purgase el delito que él había cometido, le dijo al primero:

—Me ha demostrado usted hasta dónde llega su leal amistad; pero yo no puedo consentir que un hombre inocente pague por mí. Voy a entregarme. Después de todo, yo maté en defensa propia.

—Estoy convencido de ello. Pero mi convencimiento no basta... Usted sabe muy bien que no tiene medio de probarlo... Además, su confesión no salvaría a ese desgraciado que ya hace una semana tenía su cabeza sobre el tajo.

—En ese caso, Excelencia, le debo más que mi vida.

—Comprendo, coronel... y a fe mía que Lady Falkland merece ser dichosa...

Archibaldo tuvo la suerte de encontrar a Ricardo, y acogiéndose a su simpatía le contó sus cuñitas:

—Mi mamá está muy enferma y no me dejan ir a verla. Tú me llevarás a su lado. ¿verdad?

Ricardo tomó al niño en sus brazos y lo condujo al lecho donde descansaba su madre.

Las caricias del niño y la presencia del primer amor la alentaron a seguir viviendo, y murmuró:

—¡Estoy muy cansada! ¡Llevadme lejos de aquí... a mi casa... a América!

Y, algún tiempo después, la felicidad volvió para Alicia y su hijo, gracias al buen príncipe que los salvó para darles la dicha y encontrarla en ellos.

FIN